

Roberto Castrovido  
Charla de la semana: Vicente Blasco Ibáñez  
(*El Pueblo*, 5-2-1928)

¡Qué tres palabras más rotundas, más sonoras, constitutivas de un todo eurítmico, armónico! Me recuerdan, no sé por qué, tal vez subconscientemente, asociando la idea del muerto a la de su pasión por Beethoven, los tres golpes de timbal en la *Novena Sinfonía*. Evocan también un nombre alto, sonoro y significativo: el del primer español al que él amaba: Miguel Cervantes Saavedra. Y hacen recordar el emblema de la República francesa que le ha rendido, maternal, honores al darle tierra: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Suenan a piporra estas charlas. Harto lo siento. Preferiría los cascabeles de la locura a los acordes del tambor destemplado. Pero la actualidad es la muerte. Miedo y pena me da.

Comprended mi dolor y perdonadme. En pocos meses se han muerto mis dos mejores amigos: Emilio Menéndez Pallarés y Vicente Blasco Ibáñez. He quedado descabalado. Soy un verso suelto y elegíaco.

¡Excelsior! ¡Excelsior! Aún me parece oírle decir con arrebatado, sugestionador acento en uno de los primeros discursos que pronunció en Madrid, allá por el año 1889, esas palabras, perífrasis de una conocida poesía de un vate norteamericano: ¡Excelsior! Era la invitación elocuente a la vida, al progreso. ¡Siempre adelante! ¡Arriba siempre! La muerte de hombres como Blasco Ibáñez abate el ánimo, desanima al victorioso grito contrario a aquel otro. ¡Atrás! ¡Atrás! Las ideas que amó parecen yertas, envueltas en un sudario de nieve. Y, sin embargo, aquella voz juvenil vibra en mi recuerdo, sacude a los tristes y reanima a los desalentados: ¡Excelsior! ¡Excelsior!

¿Qué importa caer? Otra generación vendrá. Un descanso no es señal de muerte, sino curación de la fatiga para, recuperada la fuerza, ponerse en marcha. ¡Excelsior! Seamos estoicos y optimistas. Esta es, seguramente, la mejor enseñanza póstuma de Blasco Ibáñez.

Recordar, es orar. Recordemos.

Blasco Ibáñez que ya había estado en Madrid en 1882 como escribiente, casi colaborador y como lazarillo de don Manuel Fernández

y González, volvió algunas veces antes de su destierro de Valencia. Era ya por entonces un grande orador tribunico. El ademán, la figura, la hermosa cabeza coronada de negros y ensortijados cabellos y la faz animada, juvenil, franca, simpática, encuadrada por barba moruna, completaban el efecto de una voz sonora, de timbre ya dulce, ya enérgico, fácil en cambiar de tonalidad, grata al oído y seductora al alma. El joven federal ganaba siempre aplausos para su Valencia a la que invocaba en todas sus arengas. A las asambleas y a los comicios federales que presidía don Francisco Pi y Margall solía acudir. A uno celebrado en el teatro de la Alhambra vino con un viejo republicano de Valencia: el señor Feliu. Por no sé cuáles conceptos emitidos en un discurso se le procesó y don Clemente Gutiérrez, suegro de Pedro Niembro —muy amigo de Blasco Ibáñez como lo fue de Fermín Salvochea y de don Joaquín Costa— hubo de librarle de la cárcel con una fianza.

El orador valenciano, cuando tardaba en venir por Madrid es que estaba preso en la cárcel de San Gregorio de Valencia o huido al extranjero. A París se acogió en 1890 y cuando volvió a Valencia fundó no *El Pueblo* sino el semanario *La Bandera Federal*. Nuevas persecuciones que no cesan después de crear *El Pueblo* en 1892, antes son más duras. Huye a Italia, vuelve y sufre catorce meses de encierro en San Gregorio y por conmutación de la pena de presidio en la de destierro fija en Madrid su residencia.

Ya era para unos pocos— entre estos Mariano de Cavia— un gran cuentista y un gran novelista. Miguel Moya, al publicar en *El Liberal*, *La barraca* que en folletín publicara *El Pueblo* y en un volumen Sempere (don Francisco) extendió su nombradía literaria. Pero él era el mismo, tan pobre y tan republicano y tan bohemio como antes de ser el ilustre autor de *La barraca*.

Va a Toledo, oye música, ve cuadros en el Museo y en el estudio de Sorolla —José Sorolla y los Benlliure (José, Mariano y José Antonio) fueron grandes amigos suyos— y escribe y perora. Valencia le nombra diputado. Lo es en seis o siete legislaturas, solo, con don Miguel Morayta, con Rodrigo Soriano, con Menéndez Pallarés (en 1903 y 1905) y con el doctor Gil y Morte.

Escribe desde Madrid en *El Pueblo* y en Madrid en *Vida Nueva*, de los aragoneses Eusebio Blasco Y Mariano de Cavia. En el celeberrimo

mitin por la revisión del proceso de Montjuich organizado por *Vida Nueva* y celebrado en el Frontón Central habló Blasco Ibáñez y arrebató al concurso. Presidió don José Canalejas y hablaron además de Blasco, Pedro Corominas, Moret, el conde de las Almenas, Melquíades Álvarez, Alejandro Lerroux, Menéndez Pallarés y Pablo Iglesias.

Blasco era ya caudillo del Partido Republicano de Valencia. Tuvo amigos fieles y traidores, idólatras y enemigos. Armonizaba la política y el arte, pugnaba por la libertad del pueblo valenciano y por su idealidad y embellecimiento. Señaló un plan de reformas en parte seguido, en parte echado a perder y en conjunto todavía incompleto, fundó una biblioteca popular; propagaba ideales políticos y artísticos, hizo populares a Víctor Hugo y Emilio Zola, a Beethoven y Wagner, no solo a los hombres de nuestra República. Luchó por libertar al pueblo del fanatismo, de la ignorancia y de la fealdad. Su ideal era la República ateniense. Hacía frecuentes excursiones de propaganda por la región y organizaba fiestas helénicas como el banquete que dio en la Glorieta de Valencia a Sorolla y Mariano Benlliure.

Los huertanos y los marineros, los obreros y los dependientes de comercio se preocupaban por la suerte del autor del *Yo acuso* y en los *carrers* valencianos resonaron como en los bulevares parisienses vivas a Zola y vivas al capitán Dreyfus.

Esto es hermoso, no se me niegue.

Y Blasco que quiso, en vano, hacer su compañero de diputación a Nakens, dejó su Valencia, se desterró de ella voluntariamente. Habitó aquí en la calle de Salas y emprendió la obra de las novelas españolas, arietes y catapultas contra la fortaleza enemiga. *La catedral* fue saludada por los republicanos de Madrid en la velada del Gran Teatro en la cual cantó Lucrecia Arana, leyó sus primeros versos el poeta Luis de Tapia, representó Pepe Riquelme y pronunciaron discursos Luis Morote, Emilio Junoy, Alejandro Lerroux y Emilio Menéndez Pallarés.

Ya Madrid, cuatro años antes, había celebrado en los Jardines del Buen Retiro una magnífica fiesta en honor de Blasco, que acababa de publicar *Entre naranjos*. He mirado y remirado fotografías en las cuales están agrupados con Blasco Pérez Galdós, Sorolla, Querol, Luis Morote, Amalio Gimeno, Rafael Calzada, Morayta, «Zeda», Cavia... No quiero citar más nombres ni omitir uno: el de Ramiro de Maeztu.

A *La catedral* siguió *El intruso* (Bilbao), *La bodega* (Jerez) y *La horda*.

Y no quiero puntualizar más títulos de novelas ni más fechas de publicación.

El trota-continentes emprendió de súbito un viaje por la Europa central y oriental, deteniéndose en Turquía. Tres años después marcha a América y en su honor, como prólogo, organizó Luis Morote el banquete que en el teatro Real se le dio.

Volvió y estuvo en Valencia en 1910, donde se le incensó como a un héroe de la ciudad.

Y volvió a marchar a la Argentina y fue colono a la antigua española y fundó dos ciudades: Valencia y Cervantes.

La guerra le trae y se pone al servicio, desinteresado y noble, de la patria de Víctor Hugo. Pasa por España en 1915 y se le teme como a un enemigo de la neutralidad. De Madrid le echan; tiene que irse de Valencia embarcado a Barcelona y en Barcelona los alemanes, los germanófilos y los trogloditas le silban, le apedrean y le amenazan de muerte.

Pasada la guerra, vuelve a su patria en 1921. Madrid le agasaja, se lo disputan en su mesa los aristócratas. Valencia le dedica la semana llamada de Blasco Ibáñez, y al pasar por Zaragoza recuerda a su amigo de los tiempos de pobreza, Mariano de Cavia, y pronuncia un gran discurso ante el monumento elevado al insigne periodista.

Blasco Ibáñez es modelo de hijos; su amor ha estado a prueba de desdenes, de ingratitudes, de amarguras, de persecuciones. Para él parece dictado el precepto de amar a la madre cuanto más desgraciada y cuanto menos amable para el hijo. Olvidó y perdonó. ¡Volvió, generoso, bienes por males!

En *La vuelta al mundo de un novelista*, en *La reina Calafia*, en *El papa de 1 mar* y en *A los pies de Venus*, reivindica glorias españolas, defiende a los censurados, engarza en oro leyendas, recaba para los españoles iniciativas en descubrimientos y nobles empresas y pugna en disculpar hasta a los más razonablemente culpados, como los Borjas. Y en la serie proyectada de la cual solo deja escrito *En busca del gran Kan* y *El caballero de la Virgen*, tenía el pensamiento de recordar, ensalzar y reivindicar a los conquistadores de América.

Ningún novelista ha llegado a tanto en el amor a su madre patria y a sus compatriotas célebres.

Pudo, sin más que acogerse al socorrido asilo de la deshumanización del Arte y repetir la frase de Mussolini: «Solo los muertos y los focos, no cambian de ideas», ser bien quisto, entrar en las academias Española y de la Historia, recibir halagos e ínfulas. Fue el de siempre, el de Madrid en los tiempos de la propaganda federal; únicamente se diferenciaba de aquel en que no era ya pobre de bienes materiales; en lo demás, en la riqueza espiritual e ideológica era el mismo. ¿El mismo? No, era superior, porque tenía, como dice el vulgo ruin, más que perder.

¿Qué otra página más sublime, cuál novela más hermosa que la escrita con actos, con sangre, con la vida por el representante de la España que le tuvo por verbo en el homenaje a Víctor Hugo, su último acto público?

Comprendo las censuras al político, los ataques al literato, lo incomprendible para mí y lo que me indigna es que se divida en dos la figura de Blasco Ibáñez: de un lado el autor de novelas, de otro el político. No, eso no; son inseparables: el hombre Vicente Blasco Ibáñez es uno, es grande, es inmortal y alcanzará grandeza, y gozará de perdurable recuerdo por haber sido un hombre y no un simple literato.

Por algo adorna su jardín de la Malvarrosa la estatua de Dante y por algo presidieron su mesa de trabajo, en todas sus viviendas, retratos de Zola y Víctor Hugo. El poeta de *La divina comedia*, fue desterrado de Florencia y luchó por la libertad y unidad de Italia; el novelista de los cuatro evangelios escribió el *Yo acuso* y el poeta de los *Orientales*, *Ruy Blas* y *Los miserables* estuvo desterrado dieciocho años en un islote, en Guernesey, y marcó el estigma de pequeño en la frente de Napoleón III.